

implícitamente niega la perfeccion infinita de Aquel que existió por sí mismo desde toda eternidad y es la causa de las causas que obran dentro del círculo del tiempo.

## CAPITULO XI.

### SUMARIO.

Los absurdos de la *reencarnacion* y de la *erraticidad*.—El alma no tiene conciencia ni conserva memoria de una existencia anterior; y debia tener aquella y conservar esta, si la teoría espírita fuera verdadera.—Las reencarnaciones sucesivas son la negacion de la personalidad del alma.—En qué consiste esa personalidad.—Aplicacion de su concepto á las reencarnaciones.—Las reencarnaciones consideradas bajo el punto de vista de la imputabilidad moral.

Si la creacion de las almas humanas, tal cual se supone en la hipótesis espírita, es insostenible, no lo es ménos el otro error que la sirve tambien de fundamento. Nos referimos á las diferentes vidas porque sucesivamente se hace pasar á los espíritus, que ó bien andan errantes por los espacios y por mundos imaginarios, en-

vueltos en la ligera corteza ó envoltura de su *periespíritu*, ó bien por medio de la reencarnación bajan á encerrarse en los cuerpos por un término más ó menos largo, para volver en seguida á su *erraticidad*; luego á nuevas prisiones; y así indefinidamente por *largas eternidades*.

Este principio fundamental del espiritismo, no es otra cosa más que la enmohecida trasmigración de las almas, la *metempsicosis* pitagórica recortada un tanto, con el fin de hacerla pasar más fácilmente y con menos repugnancia en un siglo que se entretiene con otro género de quimeras. Las reencarnaciones son, hasta cierto punto, una consecuencia de la creación y existencia anterior de las almas con respecto á los cuerpos que animan, no resisten como éstas el exámen, y aparece cuánta es su vanidad, como principio filosófico, á la primera ojeada de la razón.

La simple enunciación repugna á los más vulgares entendimientos, á los menos ejercitados en materia de filosofía. El mismo instinto animal la rechaza como indigna y absurda. La conciencia, ese destello de infalibilidad, ese incorruptible testigo que habla siempre con verdad y con franqueza al interior de todos y cada uno de los individuos de la especie humana, protesta

contra ella con la más incansable insistencia y la más vehemente energía.

Francamente cualquiera hombre de los que existen en la actualidad, á quien se le quisiera persuadir de que ántes de ahora habia tenido una, dos, tres ó más existencias, reiría y no podría ménos de creer que estaba trastornado el cerebro de aquel que tan seriamente le procuraba convencer; tomaría semejante revelación por un juego ó por el síntoma de la más rara de las locuras. ¿Quién tiene conciencia de haber existido alguna otra vez en diferentes mundos y en cuerpos distintos? ¿Quién guarda memoria si quiera sea vaga y confusa, de haber muerto una sola vez? ¿Quién pudiera decirnos lo que se siente en los momentos en que se verifica la separación del espíritu y de la materia? Y sin embargo, alguna idea debia quedar de hechos tan positivos, á ser cierta esa multitud sucesiva de existencias; esa cadena de muertes que no tienen un número fijo y determinado.

El globo terrestre trasmite á los presentes siglos y transmitirá á los siglos por venir la noticia de su existencia primitiva, de su formación y de sus revoluciones, siendo otros tantos monumentos de aquellos acontecimientos geológicos la diversidad de capas superpuestas desde el

*alluvium* hasta los terrenos primitivos. El conchífero, el exquisito cobrizo, los asperones rojos, etc., son los caracteres con que está escrita la historia de la tierra.

El soldado que combatió acredita su ardimiento y sus hazañas con las mal cerradas cicatrices que muestra en los diversos miembros de su cuerpo.

Solamente el alma, que es el centro de la vida, que sobrepuja en excelencia al cuerpo, de que es la gobernadora, y al universo todo, de que es la reina, nada guarda en los profundos depósitos de la memoria, nada conserva en las regiones infinitas del pensamiento, nada esconde en los abismos insondables del corazón, que recuerde hechos pasados, en la otra vida, atestigüe verdades conocidas en otra existencia, y suscite sentimientos que haya abrigado antes de la vida y existencia que actualmente lleva.

Recordamos la infancia en la juventud, la juventud en la virilidad, la virilidad en la ancianidad y la ancianidad en la decrepitud, sin olvidar en ninguna de estas edades sucesivas la más remota ni la más próxima; y esto aun cuando las enfermedades ejerzan en nosotros su influencia perniciosa. Los mismos locos en sus delirios, recorren con la memoria todos esos di-

versos períodos de la vida, más ó menos ordenadamente, y cuentan los varios sucesos que á ellos se refieren, con más ó menos claridad, con más ó menos precisión.

¿Por qué el alma hace todo esto, tratándose de la existencia presente, y nada respecto de las otras vidas que se la suponen? Su inacción en este sentido, y su ignorancia absoluta é invencible, son un argumento poderoso y sin réplica contra la opinión de los que la atribuyen un origen y una historia, de que no tiene ni puede tener conciencia.

O qué, el alma con la separación del cuerpo, en la existencia anterior, perdió no solamente la materia de que aquel se formaba, sino también la conciencia de los actos que le son propios, la conciencia que no es otra cosa que el alma conociéndose á sí misma por medio de sus operaciones? Esto no se concibe, no hay razón para imaginarlo.

Supongamos la multiplicidad de existencias; por grande que sea el número de ellas, no sería ni podía ser parte á destruir la personalidad del alma.

Esta sería radicalmente la misma en la primera, que en la segunda, que en la cuadragésima quinta reencarnación. Siendo la misma, se-

ria una, seria indivisible. Y lo mismo que se da cuenta de la última, se la daría de las que precedieron; pues de otra suerte su personalidad no sería una ni indivisible, ni consiguientemente la misma.

El sistema de las reencarnaciones es, si se le examina con despreocupación, la negación de la personalidad del espíritu, que por otra parte se defiende como una verdad inconcusa por sus propugnadores.

¿En qué consiste la personalidad que tiene el hombre y de que carecen los seres irracionales y los inanimados? El hombre, á diferencia de éstos, se conoce á sí mismo, entiende que debe seguir una ley y vislumbra los altos destinos á que la observancia de esa ley le va acercando poco á poco. Para él no son indiferentes todas las operaciones, sino que unas le honran y le hacen estimable, y otras le inflaman y le hacen aborrecible; para él la imputabilidad moral es ineludible. Así podía sepultarse en las profundidades del Océano y en las entrañas de la tierra; allí sentiría el juicio de Aquel sér para quien nada hay oculto y que penetra hasta en las más recónditas intimidades: allí se juzgaría acreedor á premio, después de haber practicado

una buena acción, y digna de castigo después de haber hecho un acto malo cualquiera.

La personalidad del alma es el cimiento de su dignidad y la piedra angular de su grandeza. Conocerse á sí mismo por medio de sus actos, juzgarse por medio de su conciencia, es una gran virtud que supone un inmenso poder y una elevada gerarquía. Su independencia y su libertad son indisputables; y su independencia y su libertad, no son otra cosa más que su grandiosa, incomunicable, ininterrumpible y perfecta personalidad. Ese *yo*, sentido y conocido, que no han podido oscurecer las vagas sombras de la filosofía alemana, que ha basado todos sus sistemas en él, es la expresión intuitiva de la personalidad. Todo el que puede decir *yo*, no se concibe, sino siempre como se siente. *Yo*, decimos cuando niños; *yo*, cuando jóvenes; *yo*, cuando ancianos; pero el *yo* de la infancia, no se distingue del *yo* de la juventud, ni del *yo* de la ancianidad. Más ó menos perfecto por el desarrollo y el progreso que es la ley de las inteligencias; mas ó menos rico con el tesoro de verdades que no deja de acrecentar, siempre es el mismo. Estas diferencias accidentales, no tocan la esencia del *yo*, que permanece invariable.

Ahora bien; este *yo* dividido, ageno á sí mismo, implica una contradicción; sería un absurdo, si pudiera siquiera imaginarse. Desde el momento en que el anciano desconociese al joven y el joven al niño, el joven y el anciano dejarían de ser. El fin no se concibe sin el principio.

Apliquemos esto al sistema que supone á las almas reencarnadas. ¿Cada alma es una, como debe serlo, y tiene conciencia de sí misma, como debe tenerla, sea cual fuere el número de cuerpos que sucesivamente vaya animando? Entonces debe conservar memoria de alguno de sus actos de otra vida, de aquellos que le den la conciencia de su unidad; debe conocer sus existencias anteriores, para poder afirmar su identidad, base de su personalidad. Si aquella memoria y sobre todo este conocimiento fallan, falla el ser; porque en el alma, ser, conocerse y sentirse, son una misma cosa. Si cada alma reencarnada no es una, sino varias, estamos fuera del supuesto.

Por el lado de la imputabilidad moral el absurdo de las reencarnaciones aparece más monstruoso. No es el alma solamente la que se cree buena ó mala, ni tampoco solo el cuerpo, sino el hombre, que es el compuesto que resulta de su unión. La razón de esta creencia es el he-

cho certísimo, infalible de que no son el alma independientemente del cuerpo, ni el cuerpo separado del alma, la causa eficiente de las operaciones, únicas á que corresponde la malicia ó la bondad, sino que lo son juntamente los dos. De suerte que si las obras son malas ó buenas, mala ó buena es por ellas su causa inmediata; y por lo mismo el hombre, y no únicamente el alma, ni solo el cuerpo.

Se infiere de todo esto una consecuencia irresistible, innegable, en orden á la imputabilidad, á saber: que lo bueno ó malo que hace el hombre, es decir, el compuesto, no es imputable á uno solo de los elementos que le forman, sino á los dos unidos ó á ninguno; porque la imputabilidad tiene por base la acción, y la acción á su vez tiene por base la causa. En consecuencia, no se debe premiar ni castigar únicamente al alma, ni solamente al cuerpo. Y conforme á la teoría de las reencarnaciones tan solo el alma es premiada, pues solo ella se une á Dios después de haberse perfeccionado transmigrando de un cuerpo á otro, mayor ó menor número de veces; y tan solo ella es castigada, encerrándola en la materia y haciéndola sufrir las varias penalidades, no de una, sino de muchas vidas.